

## “La Reconstrucción de la Iglesia desde sus Ministerios”

Por: Mons. Juan Manuel Mancilla Sánchez, Obispo de Texcoco  
Encuentro de Ministerios Laicales de la Provincia Eclesiástica de Tlalnepantla

16 de mayo de 2021

Saludo con mucho cariño, buenas tardes a todas las ministras, a los ministros de nuestra querida Provincia de Tlalnepantla. Permítanme mencionar con gratitud al querido Señor Arzobispo, y al Señor Obispo Héctor Luis, que me compartieron este espacio para estar cerca de ustedes, ministras y ministros laicos, que van construyendo nuestra Diócesis, nuestras Diócesis, nuestra gran Provincia de Tlalnepantla, desde una posición envidiable, modesta, bellísima, realmente perteneciente a Nuestro Señor Jesucristo. Les saludo pues a todos con mucho afecto, y sé que vamos a disfrutar y, o a seguir disfrutando todo lo que hemos compartido, las experiencias de ustedes los laicos, las ilusiones, los retos con que todo ministro se enfrenta en la actualidad. Y entonces su servidor, quiere también acercarse a ustedes con un gran respeto, porque en realidad lo que ustedes son y lo que ustedes significan para la Iglesia es de altísima estima para la historia de la Salvación.

Quiero partir desde esta figura central, única, que se llama Jesucristo, “*El Siervo del Señor*”, el siervo más fiel y más obediente con que ha contado Nuestro Divino Señor; y quiero que me permitan mencionar a la Santísima Virgen, porque ella también en el momento lúcido de su vocación, se reconoció como una servidora; que Nuestro Señor y que la Santísima Virgen iluminen siempre nuestro recorrido, nuestro itinerario de servidores, de ministros, y pues en este caso, ministros laicos, porque en realidad en donde el Ministerio sabe deliciosísimo, es en la vida, en el corazón, en el trabajo, en la entrega de los laicos; es así muy grande pues, mi saludo y mi cariño para todos ustedes.

No sé si me permitan decirles que el asunto del servicio, nace del término *abad*, en hebreo significa *servir*, San Antonio Abad quiso ser un servidor de Dios en la oración, en la plegaria, en la contemplación, y el mismo se presentaba como un Abad, como un servidor. En el Profeta Isaías, ustedes saben, les invitó a que ustedes y yo estemos repasando constantemente los capítulos del 40 al 55 del Profeta Isaías, en donde aparece el *‘ebed adonai*, y me impresiona mucho que cuando se toca este tema crucial, desconcertante en todo el universo de la revelación, siempre se habla de un canto, de dos, de tres cantos, cantos especiales, cantos solemnes.

Y puede ser que valga la pena comentar: Jesucristo entró a la pasión como en el espíritu que el Profeta Isaías había dicho a cerca del siervo, cantando, Cristo entró cantando; nos dicen los Evangelios sinópticos que, “cantados los Salmos, o entonados los Himnos, el Señor y sus Apóstoles, ellos se fueron al Monte de los Olivos”. Nuestro Señor no entro con los pies en rastra a ese servicio litúrgico, pastoral, profético, definitivo que se llama la cruz, no entró a empujones, a regañadientas, o a regañadientes, no entró en una forma amargosa, no entro ni siquiera como lo hicieron los grandes, digamos héroes de la antigüedad, menciono a Sócrates, Sócrates entró al sacrificio suicida desde un donaire con sabor amargo, con sabor retador, ¡No! Nuestro Señor entra cantando, entra gozoso, entra feliz a dar la vida, como lo había dicho, “Yo no he venido a ser servido, sino a servir”.

Y, ¿cuándo daré mi mejor servicio? cuando de la vida, cuando yo de la vida por los que amo, que son ustedes, es toda la humanidad, toda persona que Él encontraba pues era una persona amada, era una persona que el Padre le acercaba para que Él la transformara, la educara, la curara y la integrara al misterio del Reino de Dios. Y Él decía que tendría que ser entregado, y ahí estaría digamos, la cúspide de su servicio sagrado a toda la humanidad; pero es bueno que nosotros nos asomemos a esas raíces mesiánicas, que tenemos en este universo tan bello del servicio.

*‘Ebed adonai* “El siervo del Señor”. ¿Porque logra servir este personaje misterioso, este personaje que rompe con todas las estructuras y corrientes de servicio en el pueblo de Dios?, porque Él es el amigo de Dios *‘ebed*, ¡sí! es, servidor, pero sobre todo el amigo, es capaz de servir porque ama, porque ama al que lo envía, ama al que lo necesita, porque Él ama desde dentro y a su alrededor en una forma pues generosa, esplendida, y eso viene a ser el *‘ebed adonai*. Hay momentos en que por eso cuando habla el Señor a este siervo preciosísimo, valioso, le dice “*mi siervo, tú eres mi siervo*”, Dios quiso que su siervo fuera el pueblo, Israel, y que Él en todo momento estuviera transmitiendo el corazón, el pensamiento, la voluntad de adonai, del eterno, como dirían nuestros hermanos, los judíos sefarditas del siglo XVI, en 1500, cómo les encantaba traducir el término “Señor” por “el Eterno”; el Eterno que por lo tanto ama desde toda la eternidad, nos involucra en ese gran amor que Él tiene desde la eternidad y se proyectará también hacia la eternidad.

Bueno, “ministros – servidores”; todo ministerio brota de esta filosofía espiritual de la Sagrada Escritura, de la historia de la salvación que, gracias al Profeta Isaías tuvo una connotación y tuvo una caracterización bien definida, preciosa, y qué entroncaría, que llegaría a una identificación total con el Mesías, con Jesucristo Nuestro Señor; por lo tanto, esta filosofía se expresa desde el término *cantos*, se canta sirviendo y se sirve cantando; todavía me ha tocado ver el Ministerio de Jésed, como ellos tienen una fe y tienen una convicción de que cantando se sirve, cantando se ama, cantando se evangeliza, cantando se cura el alma, como lo hizo David en un momento muy doloroso de la vida del Rey Saúl, cuando la amargura, cuando la envidia lo estaba corroyendo, entonces entró David, y pues desde su humilde flauta de pastor, desde su kinéret, su guitarrita, él logró ahuyentar el espíritu del mal de ese primer rey del pueblo de Dios; era un servicio, David era un servidor, y siempre él se visualizó como un siervo de adonai, un siervo de Dios, un siervo del eterno para bien pues, de toda la comunidad.

Bien, vamos a decir que estos *cantos* del siervo, de los capítulos 40 a 55 del Profeta Isaías, vienen a ser el corazón y la cumbre de la sabiduría israelita; ya con esto, yo me permito decirles a ustedes, los ministros laicos de nuestra Provincia, y de toda la Iglesia: servir, es quedar, partir, salir del corazón de Dios; y significa ofrecer la cumbre, lo más alto, lo más seguro que Dios tiene para sus creaturas, para sus hijos, para su pueblo. Autores muy connotados han llamado a estos cantos del Siervo del Señor, en donde aparecen esas características de los ministerios laicales, los han llamado “la cumbre de la teología bíblica”; y por lo tanto la enseñanza más luminosa acerca de los proyectos y de la manera, de los modos cómo Dios quiere servir, o acercarse a todo ser humano, y por qué no partiendo de su pueblo, de Israel.

Sin embargo ustedes saben, en los cantos del siervo, aparece como una característica, yo diría sencilla pero fuerte, y hay que tomarlo en cuenta, *enigmática*; todo servidor, todo ministro tendrá un toque “enigmático”, incomprendido, a su lado siempre habrá alguien que lo quiera corregir, que lo quiera reencauzar, que lo quiera sacar de

esos servicios. Cuántas veces a los niños quieren servir en la liturgia, o en los coros, pues no falta que si la mamá, o la tía, o el papá, quiere alejarlo, quiere disuadirlo de que prestan esos servicios; no se diga de otros ministerios que ojalá en nuestra Provincia, cada vez abramos en una forma más generosa, y segura, como es, que los niños desde pequeñitos aprendan a servir, que los niños desde pequeñitos aprendan a ofrecer el Evangelio, la catequesis a otros niños más pequeños; en algunos lugares – por ejemplo en nuestra humilde Diócesis – se les llama “mini catequistas”; ellos ya puede dirigir su mirada y su persona hacia otros más pequeñitos, e involucrarse en su camino de fe, y pues entenderlos, en una forma más en cortito y más auténtica, que a veces nosotros, los ya muy adultos, podríamos hacerlo.

El siervo, todo servidor de Dios, tendrá un toque enigmático, de incompreensión; recuerdo como un gran amigo que se preciaba de cierto ateísmo, agnosticismo, cuando quiso acercarse un poco a este indigno Obispo, al final me dice: todo servidor de Dios, todo Obispo, será siempre incomprendido, nadie entenderá jamás, bien, a un Obispo; el Obispo tiene que hacer, el Obispo tiene que vivir, el Obispo tiene que decidir, en una forma en donde muchos no lo entenderán, no pondrán estar de acuerdo con él porque, pues él tiene una misión que desborda en los parámetros habituales de las relaciones humanas. Figura enigmática, incompreensión, dificultades para siempre poder ofrecer este servicio.

Por lo tanto, en lo que se refiere otra vez, a los textos de Isaías 40 – 55, tenemos que descubrir que está filosofía espiritual y bíblica, invierte los conceptos y toda la praxis del actuar humano y, de las tendencias mega históricas; invierte los conceptos en cuanto que, lo normal, lo que sucede siempre en la inteligencia social es, «que la historia la hacen y la construyen, y la transmiten los vencedores»; las personas que triunfan, son las personas que marcan el paso de la historia, son las personas que, vale la pena digamos, conocer y pues, dar a conocer, porque ellas fueron personas grandes, fueron artífices, fueron personas decisivas ¡verdad!, y no los derrotados. Los cantos del siervo, Isaías 40 - 55 en cambio, nos dicen, que «la ruta de la historia – sobre todo esta – de la historia de la salvación, es la ruta de la espléndida acción de Dios, la llevan los pequeños, los derrotados, los expulsados, los, incluso destruidos» ¡verdad!, este siervo llega un momento en que, pues no tiene figura atractiva, es un siervo bien despreciado, empezando por sus amigos, por su casa, y entonces es expulsado, es echado fuera de los sistemas de vida, de la historia de tribus, de las tribus, o de la historia misma de Israel.

Sin embargo el siervo, el verdadero servidor de Dios, es una semilla, y ya sabemos el concepto que Cristo tenía de semilla; hoy acuérdense que hay un poco esa, ese pleito de la semilla y el grano; la semilla la manejan o la cuidan los campesinos; la semilla es valorada por los pequeños, por los pobres; la semilla es tutelada en su autenticidad por los más necesitados; en cambio los granos, son patrimonio de los poderosos, de los que tienen bodegas, de los que comercian a altísimo nivel, y que lo que les importa es digamos, la ganancia y las utilidades. En cambio el campesino tutela y maneja, y siembra la semilla; le interesa que su semilla sea pura, que su semilla sea auténtica; y claro, que caiga, que muera, y que pues, empiece a brotar hasta llegar a dar mucho fruto. La semilla es salud, el grano está – hoy todos lo sabemos – repleto de químicos, repleto de elementos nocivos para la salud, y por eso nos han venido tantos problemas, pues sociales y problemas de todo tipo.

En cambio pues, el Siervo de Dios, el Servidor de Dios, el Ministro de Dios, está encargado de ser y tutelar la semilla auténtica, del mensaje, de la voluntad y de los

proyectos divinos; por lo tanto, es gracias a ellos que se construye – como es nuestro tema: Reconstrucción de la Iglesia – es con, y a través de los ministerios laicales, de los ministros laicos, como se podrá dar un perfil auténtico de humanidad nueva, humanidad con frescura, humanidad con autenticidad; nunca más construir la historia por la fuerza, mediante la devastación, las armas, el poder, sino el servicio. Este es el gran himno, es el gran cántico de la Iglesia: sus ministros laicos, para revertir la dinámica de muerte, como decía el Papa, San Juan Pablo, “la cultura de la muerte” que nos está invadiendo, y qué es puro ganar, mostrar la soberbia, la prepotencia, el abuso, el egoísmo, y no esta sabiduría con una fuerza creativa de humanidad nueva, con métodos y con sistemas verdaderamente valiosos, salidos de la voluntad de Nuestro Señor.

Bien, el Dios verdadero – nos aseguran estos cánticos – actuará en los tiempos mesiánicos a través del servicio, a través de la personalidad de su siervo, *‘ebed adonai, abdi*; y así como en un momento nos detuvimos en ver que siempre será una figura incomprendida, enigmática, ahora entremos como al corazón de este tipo de servicio, que va a dar el *‘ebed adonai*, “inocente”; nuestro mundo se construye desde la malicia, desde la maldad, nosotros estamos viviendo en drama del “piensa mal y acertarás”; piensa mal, pues actúa mal y, engánchate en el mal y te irá bien, no te envolverá, tú saldrás airoso, ¡No! Una de las características y tal vez la característica preciosísima del Siervo de Dios, “su inocencia”; y ya lo sabemos, sólo Jesucristo pudo llevar a lo largo de todo el trayecto de su existencia, la inocencia de Dios, la pureza de Dios.

Bien sabemos que en la Sagrada Escritura, no debemos pensar lo que muchas veces incluso en la Iglesia Católica se piensa «los niños son inocentes, a los niños no hay que quitarles la inocencia» pues la realidad es, esa que dijo el Espíritu Santo a través de los Salmos: “Pecador me concibió mi madre, en la culpa nací” Y entonces esto para, digamos exaltar en una forma sublime, y hacer nuestra referencia verdaderamente profunda con el Cordero Inocente, con el siervo auténtico de Dios, que desde que fue engendrado, desde que nació y, desde que abrió por primera vez su boca hasta el final, no se encontró en Él reproche, desilusión, Él no desilusionó a nadie, no defraudó a nadie, porque en su corazón era inocente. Nuestros ministros laicos si algo deben pedir, si algo deben buscar es: esta inocencia del Cordero de Dios, Cordero inocente, Cordero Inmaculado; qué bueno que a la Santísima Virgen la Iglesia Católica la llama “la Irreprochable, la Inmaculada”.

Hoy a todo mundo se nos reprocha, hay muchas cosas que se nos reprocha a todos, yo creo que nadie, no, no nadie se salva, nadie se escapa de esa crítica, y de ese sabor decepcionante que deja en los demás, que al final como si nos dijeran «yo esperaba que tú fueras como Dios, esperaba que fueras como, pues ora sí que como El Mesías» y ¡no!, verdad, me engañaste me defraudaste, me diste menos, me valoraste poco; y es porque nos falta esta inocencia tan rica, tan llena de amor, con qué se puede salir a servir a los demás, si nosotros así lo decidimos por nuestra fe y nuestra íntima unión con el Siervo de Dios, con Cristo.

El siervo, tiene otra característica, “es fuente de vida y fuente de la más alta humanidad” que nosotros pudiéramos decir; “fuente de vida”, es la vida lo que más está en riesgo, es la vida lo que al final, como se está despreciando, cuestionando, manipulando, si hay algo que en este momento está en riesgo es verdaderamente la vida; por eso es urgente que tengamos ministros laicos, el ejercicio de los ministerios laicales, son fuente de vida, y de la más alta calidad, y de la mejor expresión de la gracia de Nuestro Señor, de la potencia gratuita de sus infinitas posibilidades; cómo así quiso

entregárnoslas a través del Mesías, a través del su Hijo; de esta manera mis queridos hermanos, nosotros hemos de acercarnos a los ministerios laicales, a los servicios que prestemos en nuestra queridísima Iglesia Católica.

Si pasamos al Nuevo Testamento y decimos, bueno ya Jesucristo es el faro, es el sol que ilumina nuestros recorridos existenciales, también hemos de tomar muy en cuenta los ministerios que estableció Nuestro Señor, y que pues, no son precisamente ministerios culturales, o totalmente, o solo litúrgicos, sino que, son ministerios de gracia, son ministerios de vida cotidiana; y con ello me refiero a los Apóstoles, me refiero a los sucesores de los Apóstoles que son los Obispos, son esos ministros cualificados. Por ejemplo, que no se nos olvide, en un Obispo sucesor auténtico de los Apóstoles, un Obispo en comunión con el Santo Padre, que es el sucesor de Pedro; un Obispo siempre te dará dos características: un Obispo te dará siempre el camino mejor, un Obispo te dirá siempre lo que en verdad a ti te salva, a ti te enriquece, a ti te preserva *“les voy a mostrar el camino mejor”*; y esta otra característica: «El Espíritu Santo y nosotros los Apóstoles, y los presbíteros de Jerusalén, y los Obispos, hemos decidido no imponerles más cargas que las indispensables», como son todo el universo de la fe, todo el universo de la gracia, y de la comunión, que debe existir en la Iglesia, «el camino mejor y no imponer cargas». Cuántas veces nosotros vemos en catequistas, cuántas veces vemos en presbíteros, en Obispos que, pues sí podemos caer en esta trampa tan horrible de imponer cargas, o a través de las cargas, nosotros resolver cierta problemática que nos está haciendo daño.

Bueno, para los tiempos nuevos del Mesías los Apóstoles quedan como los servidores cualificados para enseñar y para orar, de hecho a ellos, llega un momento en que se tienen que dedicar a orar, en cultivar la fe propia, para edificar en la fe y para confirmar en la fe a sus hermanos presbíteros y a todas las comunidades. Y luego vienen los presbíteros que, junto con los sucesores de los Apóstoles, ellos trabajan por todo ese mundo de la “enseñanza”; claro que la oración y la enseñanza así en su esencia, pertenecen a los Obispos, pero los Obispos hacen que los presbíteros participen, que los presbíteros también entren al mundo de la santidad y al mundo de la sabiduría, para después abrir la puerta a un tercer grado de servidores que se llaman los diáconos; de hecho *«diácono»* en griego, significa *servidor*, diaconía significa *servicio*. Y qué bonito, que este término viene de σκόνη (skóni), ese es el sustantivo σκόνη, significa *polvo*, o sea que se note, que hagas polvo, que se vea que aquí está pasando algo distinto; cuando un servicio es verdaderamente, digamos espléndido, se hace ruido, se hace... no tengan miedo a que... bueno se vea, se sepa, pues que aquí hay un testigo, que aquí hay un discípulo, que aquí hay un maestro enviado por Cristo, verdad; que como ya lo vimos es un foco de contradicción en la familia y en la sociedad.

Y llegamos así a los servicios sencillos como son: ver que haya mesa, que la mesa tenga pan, que el pan llegué a todos, que haya espacio para todos, que haya comida para todos, y además como decía Nuestro Señor, que esa comida se dé puntualmente, el siervo bueno da la comida a su tiempo; si nosotros no atendemos en el momento preciso, entonces no estamos respondiendo a la voluntad del dueño de la casa, que quiere que todos los del hogar, se vean, se sientan alimentados a su tiempo; y así, si son atendidos a tiempo, oportunamente, es la gracia y el amor de Cristo, está verdaderamente llegando al corazón de las personas.

Pues mis queridos hermanos, esta es digamos, la visión que yo puedo compartirles acerca del servicio en la Iglesia, y algunas características, algunos puntos de apoyo para nuestros queridísimos ministros laicales, que ojalá sean ellos mismos quienes enriquezcan

hoy la ministerialidad de la Iglesia; tenemos una cita con las viudas, tenemos una cita con las personas mayores, tenemos una cita con los migrantes, tenemos una cita con los presos, tenemos una cita importantísima con los enfermos, tenemos una cita ministerial urgentísima pues, con la educación de los niños, con la catequesis, con la oferta cualificada del culto, sobre todo en la Sagrada Eucaristía que como se ha ido devaluando, tenemos una cita en el universo de la alegría, del gozo, de la fiesta, del canto; como necesitamos potenciar nuevamente esos coros, que evangelizan, y esos coros que edifican, esos coros que nos llevan a la paz, a la contemplación, a la unidad, y a la salud; por ejemplo cuántos enfermos, si pudieran escucharlos los coros gloriosos de la Iglesia, pues tendrían un oasis en sus dramas de enfermedad, y podrían meterse de veras en el camino de la salud, en el camino de la recuperación y de la vida. Pues ojalá ustedes y yo, acudamos a esa cita con la Sagrada Escritura, acudamos a esa cita con el magisterio y con la conducta de Nuestro Divino Señor, y no tengamos miedo a ser piececitas modestas dentro del gran universo salvífico que tanto necesita, en una forma pues vital, el mundo de hoy, el mundo de siempre.

No me quisiera ir sin ponerles un ejemplo de Ministerio Laical modesto, en el ejemplo del texto segunda de Reyes, el segundo del Libro de los Reyes, Capítulo 5, hay un relato que ocupa todo ese capítulo, en donde, pues todo se centra en el Rey de Siria, en el rey arameo, que tiene un gran servidor, un generalazo – Naamán – y luego pues el Rey de Israel, el profeta Elíseo, y como que toda esa historia se la comen estos personajes que allí se mencionan; yo quisiera junto con ustedes mis queridos ministros laicos, contemplar el punto de partida, el secreto que confeccionó esta gran historia inolvidable – que cito incluso Nuestro Señor Jesucristo – esta experiencia, este milagro tan novedoso, inolvidable que, entró en los textos de la revelación, y que dependen de una jovencita que fue secuestrada, que fue robada en Israel, y la llevaron a la casa de Naamán; y ella en el cumplimiento de sus tareas y de sus deberes bien modestos, – como esto que caracteriza a los diáconos cristianos – ella servía la mesa, hacia la comida, barría la casa, y cuando ella vio el drama de su patrón, de Naamán, el generalazo, cuando vio toda esa angustia que se vivía en la familia, ella tuvo el valor y tuvo la delicadeza de platicarle a su señora, que en Israel había un profeta, que Dios tenía un hombre providencial en Israel, y que sólo él podría curar a su señor si lo visitaba, si le suplicaba su asistencia, como pues realmente así fue.

A esta jovencita anónima, a esta jovencita no le hemos prestado atención; yo sé que a ustedes, que ustedes, hoy los ministros laicos, la tomaran muy en cuenta, y en ella encontrará un espejo espiritual para verse reflejados de como cuando se tiene fe, cuando se tiene el gozo de la pertenencia al pueblo de Dios, cuando se ha tenido la delicadeza de conocer a las personas que viven, que trabajan en la estructura del pueblo, se puede dar tanta salud, tanta vida, y tanta felicidad, como ella a su amo Naamán, que ciertamente acudió al profeta Elíseo, y después de todo lo que ustedes ya saben, finalmente logró su salud, y pues al final nadie la valoro, nadie la tomo en cuenta como para decir el secreto de este gran milagro, la fuente de este milagro fue una muchachita que dio testimonio del Dios de Israel, y de los otros grandes servidores del Dios de Israel, como eran los profetas, en este caso el profeta Elíseo.

Con esta jovencita, yo quiero honrarlos a ustedes, y quiero motivarlos a ustedes a que no duden de que, el más insignificante de sus gestos, de sus tiempos, de sus servicios, tendrá una repercusión de vida, de extraordinaria salud, y porque no decirlo, felicidad, para quienes reciban de ustedes la gracia de su ministerio laical. Yo sé que todos tenemos que tener este tipo de inspiraciones para lograr disfrutar lo emocionante que es,

el Ministerio, el servicio limpio a Nuestro Señor. El nuevo testamento tiene muchísimos ejemplos, pero bueno, este me parece como muy oportuno para motivar, y para entusiasmar a las ministras, a los ministros laicos, que hoy pudieran pensar, su persona y su actividad es tan chiquita que se pierde el universo de nuestra historia moderna. Muchas gracias.